

# Tiro abreviado y otras MINUCIAS FILOLÓGICAS

Rosa Navarro Durán



En el *Diálogo de Carón* de Giovanni Pontano, la sombra de un gramático, Pedano, llega a la otra orilla en la barca de Carón, donde está el dios Mercurio esperando al barquero. Se ha embarcado de nuevo con el anciano remero, de efímero regreso del reino de sombras, donde mora, porque quiere rogarle algo al dios: que lleve un recado a sus discípulos. Pero es mejor oír al propio Pedano pidiéndoselo:

Diles que acabo de encontrarme con Virgilio, y que le he preguntado cuántos cántaros de vino dio Acestes a Eneas cuando dejó Sicilia. Me ha contestado que se equivocó, que no eran cántaros, sino ánforas, porque en aquel tiempo en Sicilia no se usaban cántaros. Distribuyó, pues, siete ánforas en cada trirreme y añadió además un frasquito de vinagre. Así se lo había contado Enosio, el bodeguero de Eneas.

Esta confesión que Virgilio le ha hecho en el reino que ambos comparten es lo suficiente importante como para que Pedano haya tenido tal atrevimiento. Cualquier buen gramático —o filólogo— habría hecho lo mismo: ¡no eran cántaros, sino ánforas!

Podría seguir con otras revelaciones de Pedano igualmente trascendentales, pero prefiero dejar a su sombra a solas con Mercurio para que los lectores curiosos puedan averiguarlo por su parte. Creo que como ejemplo de minucia filológica basta para abrirme camino hacia lo que quiero contar y al mismo tiempo rendir un pequeño homenaje a mi maestro José Manuel Blecua, el cuidadosísimo editor de la poesía de Francisco de Quevedo.

Blecua cambió una minúscula por una mayúscula y así dio sentido a un verso de un hermoso soneto de Quevedo, donde se advierte a Flora, joven y bella mujer, que la edad de la hermosura es brevísima. El poema comienza ofreciendo expresivas metáforas para describir al clavel, flor sujeta a esa ley de la fugacidad:

La mocedad del año, la ambiciosa  
vergüenza del jardín, el encarnado  
oloroso rubí, Tiro abreviado,  
también del año presunción hermosa;

Que esa flor represente la juventud del año y sea la vergüenza del jardín no es difícil de entender dado su color rojo, y también que sea un encarnado rubí oloroso; pero en los textos figuraba además que era «tiro abreviado», ¿por qué el clavel era un tiro abreviado? Blecua cambió ese «tiro» por «Tiro», y esa mínima rectificación permite entender la metáfora perfectamente. No hay más que ir a otros poemas del propio Quevedo para encontrar que, hablando de Lisi, «a Tiro dan sus labios grana»; o que al rico Casimiro le diga «puedes arder en púrpura de Tiro / y no alcanzar descanso verdadero». Está claro que Tiro es la ciudad fenicia en donde se fabricaba la púrpura, la grana; por eso dice en otro endecasílabo «con las telas que a Tiro han desangrado». Que el clavel sea «Tiro abreviado» es una imagen ahora diáfana pues lo es por su color rojo —el de la púrpura— y por su pequeño tamaño. En unas redondillas donde el poeta alaba a los ojos de una dama, «Ojos, en vosotros veo», dice que en ellos «Dios / ha abreviado tanta esfera», de forma que «si el uno al otro se viera, / fueran dichosos los dos». Los cielos, abreviados en los ojos; la ciudad de Tiro, abreviada en el rojo clavel.

Pero hay otro cambio del filólogo Blecua todavía más importante: quitar una ene; una minucia que devuelve el sentido a uno de los más bellos sonetos de nuestra literatura. Aunque esa «intervención» filológica está en el último terceto, vale la pena recordarlo entero:

Cerrar podrá mis ojos la postrera  
sombra que me llevare el blanco día,  
y podrá desatar esta alma mía  
hora a su afán ansioso lisonjera;  
mas no, de esotra parte, en la ribera,  
dejará la memoria en donde ardía:  
nadar sabe mi llama la agua fría  
y perder el respeto a ley severa.  
Alma a quien todo un dios prisión ha sido,  
venas que humor a tanto fuego han dado,  
medulas que han gloriosamente ardido,  
su cuerpo dejará, no su cuidado;  
serán ceniza, mas tendrá sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado.

Como es bien sabido, la idea de que el amor sobrevive a la muerte proviene de las *Elegías* de Propertio, I, 19, donde el poeta le dice a Cintia que sus cenizas no estarán libres de su amor por ella, y que en las tenebrosas regiones —en el Hades— siempre será llamado espectro suyo porque un gran amor traspasa incluso las orillas del destino. Quevedo sabe remodelar tal concepto en el soneto, y le da una fuerza y belleza extraordinarias.

El primer cuarteto plasma la muerte de dos formas; la primera lo hace en el cuerpo, porque la última sombra, que le lleva el blanco día, cierra sus ojos; es el paso de la luz a la oscuridad, a la destrucción, para su ser mortal; y la antítesis lo es también de género masculino («día») y femenino («sombra»). La segunda manera de hablar de la muerte, en cambio, se hace con la liberación del alma, desatada de lo que la ligaba a su cárcel, el cuerpo; y se ve ese instante como una «hora lisonjera» «a su afán ansioso», porque el momento de la separación agrada al deseo vehemente del alma de desatarse del cuerpo. Con esa dualidad de cuerpo y alma comienza el soneto, reflejando en ella los opuestos efectos de la muerte: la privación de la luz por la última sombra simboliza el fin de la vida para el cuerpo, mientras ese momento es ansiado por el alma porque se libera de él.

La adversativa con que se inicia el segundo cuarteto se aplica, en cambio, solo al alma; esa hora podrá desa-

tarla, pero ella no va a dejar aquí, en la ribera, la memoria de su amor —el amor es fuego, y en él arde—, porque su llama sabe nadar el agua fría del río del Leteo —del olvido— y sabe perder el respeto a esa ley severa, pues no va a acatar ese precepto que obliga a abandonar la memoria. El amor es expresado también con una palabra femenina, «llama», que se funde con el alma; y con esta última palabra empiezan los tercetos, lugar al que va destinado este comentario.

Todos los versos ofrecen su fin sin prolongación alguna y suenan con la monotonía de la rima encadenada que se apoya en participios y solo ofrece la variación de una vocal (-ido, -ado). Tres son los elementos de la enumeración que los conforma: «alma», «venas», «medulas» (palabra grave y no esdrújula entonces); la primera ha sido cárcel de un dios, el Amor; y las venas y las medulas —las dos forman el cuerpo en su interior más hondo— han sido consumidas por el fuego de tal sentimiento. Tanto el alma como esos dos elementos del cuerpo se presentan con acciones en pretérito perfecto compuesto («ha sido», «han dado», «han ardido»), es decir, sucedidas en un pasado perfecto cuya acción todavía repercute en el presente. En cambio, en el terceto final se regresa al futuro para crear la correlación que une cada uno de los versos con sus correspondientes en el terceto anterior.

José Manuel Blecua enmendó «su cuerpo dejarán», que aparecía en todos los testimonios, por «su cuerpo dejará», que es lo correcto; así: «Alma a quien todo un dios prisión ha sido / [...] su cuerpo dejará, no su cuidado».

Y tiene que ser así por dos razones: la primera —retórica— es porque se enlazan cada uno de los versos del primer terceto con los correlativos del segundo: «Alma [...] su cuerpo dejará»; «venas [...] serán ceniza»; «medulas [...] polvo serán». Y la segunda razón —obvia— es porque las venas y las medulas no pueden dejar el cuerpo pues son parte de él.

Parecida estructura correlativa tienen los tercetos del primer soneto cortesano de Góngora, fechado en 1593, que dirige a don Cristóbal de Mora, «Árbol de cuyos ramos fortunados». Se refiere al moral jugando con la dilogía del apellido del noble portugués, y por ello habla del gusano de seda, que come hojas de moral:

Gusano, de tus hojas me alimentos,  
pajarillo, sosténganme tus ramas,  
y ampáreme tu sombra, peregrino;  
hilaré tu memoria entre las gentes,  
cantaré enmudeciendo ajenas famas  
y votaré a tu templo mi camino.

Es muy fácil ver que está hablando al gusano cuando dice «hilaré tu memoria»; se dirige al pajarillo en el segundo verso porque dice «cantaré», y lo hace al final al peregrino al mencionar el camino. Nada tiene que ver en cuanto a contenido ni belleza ni finalidad con el soneto de Quevedo, pero sí comparte con él la misma estructura en los tercetos, que se hace así clarísima en ambos textos.

Aunque el cuerpo sea ceniza, sea polvo, mantendrá el amor en ellos: será ceniza con sentido —con sentimiento— y polvo enamorado. Y el alma lo abandonará, pero no su dolor amoroso, la persona a la que ama (de *cuidado* dice *Autoridades*: «se llama también la persona a quien se tiene amor»). Quevedo crea con un hermoso artificio un soneto magistral, auténtica declaración de amor eterno.

No tengo duda alguna de que Blecua le pidió a Mercurio que recordara a sus discípulos que Tiro tiene que editarse con mayúscula y que sobra la ene en «dejarán» porque solo el alma puede dejar el cuerpo: «su cuerpo dejará, no su cuidado». Estoy convencida de que el alma de un filólogo tampoco dejará su preocupación en esta orilla, sobre todo si sabe que todavía no todos han visto lo que Quevedo escribió. ■ ■